

Discurso de contestación

del Académico numerario D. Emilio García Rodríguez

El aplauso cordial que acabáis de ofrendar a la prosa galana, a la investigación callada y al rendido afecto que un hijo de la tierra profesa a la Imperial Ciudad, ha roto la suave quietud de un recuerdo prendido en los días ya lejanos, en que comenzaba mi vida de Toledo.

Tarde gris, saturada de luz fría, como la que el Greco recogiera en sus paisajes; Zocodover brindaba la grata algarabía de su mercado moro, latente en las mozas de Bargas y entre el afán confuso de las gentes, un saludo señoril iniciaba una amistad.

Doradas nostalgias de juventud universitaria, unidas a la responsabilidad de la enseñanza cuando los valores espirituales de España se hundían, estrecharon en sólido lazo la comunidad de nuestros sentimientos, y hoy, que florecen los almendros en una primavera de amor y de esperanza, consagro aquel encuentro, que nació bajo un cielo de opacos celajes besando la tierra, para vestirla de un sayal de franciscano.

El ambiente de la escena, propicio a la concentración del espíritu, parece simbolizar el carácter del nuevo académico, que desgrana las horas lentas de su vivir retirado, gozando en el silencio de una estancia, que se labró reinando Doña Juana, para ser el mayor encanto del Archivo Consistorial y así brota la estrofa cantarina de su discurso, que en un medio donde la poesía se enseñoorea, sólo podía tener como tema el recuerdo de un Corregidor de Toledo, que fué también poeta.

Desde la niñez, Palencia Flores, acaso comprendió que su campo natal de Lucillos no era sólo la yerta y árida llanura cruzada por la ascética estela del peregrino, sino que en pámpanos y espigas se enjoya, para ofrecerse en el divino misterio de la Eucaristía; sus años mozos gustaron el poema clásico del labrantío y en la noche estival, cuando en lirios de luz se enciende el cielo,

su alma se estremeció de fervorosa inmensidad; por eso sintió la gracia cesárea de Roma y la sonrisa cromática de la Edad Media y, al fundir tan diversas concepciones, quedó enamorado del Renacimiento.

Esta es la razón por la que un ritmo de saetas y corazas en sueño halconero de reina mora, vibra en sus versos al Castillo de Guadamur; la leyenda embruja su musa sensitiva en las rimas que dedica al Cristo de la Bofetada, y añorando la tristeza cristalina de Gustavo Adolfo Bécquer, lanza su lira el «Copo de Nieve», como un beso callado de la muerte.

Pero el gran inspirador sentimental del nuevo Académico es la mística figura de San Francisco de Asís; su estudio sobre el Franciscanismo en las Artes y en la Historia, parece perfumado de aquel divino amor que San Luis de Francia, Fernando III, la Reina Santa de Hungría e Isabel de Castilla, engarzaron en las perlas de sus coronas, y siguiendo la devoción que Murillo y Rafael y Miguel Angel trazaron con sus pinceles y Lope y Calderón cincelan con su pluma, Palencia Flores escribe un bello soneto en honor de la excelsa pobreza encarnada.

Por circunstancias especiales de su vida, las aulas del Instituto del Cardenal Cisneros recogen al nuevo Académico cuando contaba veinticuatro años, obteniendo el título de Bachiller en una sola convocatoria con la calificación conjunta de sobresaliente. Aires de plebeyas rebeldías anegaban los claustros venerables de la Universidad Central, cuando Palencia Flores inicia los estudios de la Licenciatura en Filosofía y Letras por propia convicción y temperamento; su amargura, que se refleja en el trabajo titulado «Sombras», le desplaza a la Universidad de Granada, donde asiste a las cátedras de Arabe del ilustre fundador de la Escuela de Estudios Orientales D. Emilio García Gómez, y a las de Gramática Histórica que regía en Salamanca D. Miguel de Unamuno, no obstante sufrir las pruebas reglamentarias en Madrid, cursando las enseñanzas de la Sección de Letras Clásicas, que alterna con algunas disciplinas de la Facultad de Derecho.

Señalan su paso por la vieja corte nazarita los poemas: «Alhambra» la del recuerdo y «Adiós al Generalife», donde el conjuro de la noche andaluza deja sus estrellas en las aguas del Darro y en los gráciles alicatados del alcázar moro, para surgir encantado en raudal diamantino de los surtidores, de los que el

nuevo Académico se despide con el dulce dolor que lloran acequias y arrayanes.

Licenciado en 1934, vuelve a aquella Castilla que le hizo sentir la suave belleza de «El panal de Cristo», premiado por el periódico *Ora et Labora*, junto con el galardón que recibió en el Certamen de Estudiantes Católicos de 1927; el verso campestre de la «Pastora»; la lírica visión de «Sol de Junio»; el ansia contenida de «Esperanza»; la «Herida suprema del beso», que produjo a Jesús su mayor angustia; la apoteosis de la «Inmaculada Concepción»; estrofas que esmaltan su profesorado en el Colegio dominicano de Santa María de Nieva, donde la piedra florece en rosas de Orfebrería, como homenaje a su fundadora Doña Catalina de Lancaster.

Palencia Flores abandona la tierra segoviana, dejando la estrecha amistad que le unía al Padre Buenaventura García de Paredes, ex general de la Orden, eminente teólogo, gran escritor y mártir por Dios y por España, para ocupar la ayudantía de Letras en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Toledo, siendo nombrado más tarde Auxiliar de la misma Sección por muerte de D. Antonio San Vicente Bert, y Profesor del Colegio de Huérfanos de Infantería.

El nervio poético del nuevo Académico sigue rimando con el placer de la enseñanza para cristalizar en el soneto «En la calle de la Amargura», la poesía dedicada a Santo Tomás de Aquino, «Madre España», «Epitalamio» y la «Venta del Camino», y estas sendas que son en Castilla cauces de fe, historia y arte, le hacen crear la prosa documentada de «Por los caminos de la Mancha» y el recuerdo emocionado del Padre Rafael Alcocer, que aún vive en la sombra melódica del claustro de Silos, cuando su alma de mártir baja del cielo en escala de estrellas.

Si como poeta Palencia Flores se inspira en el aroma que envuelve a San Francisco, su cultura está presidida por Erasmo de Rotterdam, amigo de Vives y Nebrija. En su conferencia pronunciada en el Paraninfo de nuestro Instituto con motivo del IV Centenario del gran humanista, el nuevo Académico presenta un Erasmo redimido de prejuicios y leyendas, que irradia su sabiduría por toda la Europa del siglo XVI, pero no es ésta la única vez que actúa públicamente; su intervención en los cursos de orientación del Magisterio glosando la obra insigne de los Reyes

Católicos, Carlos I, Felipe II y el tema «Religión y Patria», y sus disertaciones en las diferentes Fiestas del Libro, prueban que su labor callada no debía reducirse a los límites de una Cátedra, por ello salen a la luz sus trabajos «Meditaciones sobre Cervantes», el «Soldado y el Libro», «Lepanto» y los versos que titula «Canción de Raza» y «Mi Libro».

En 1941 es nombrado, por oposición, Archivero del Excelentísimo Ayuntamiento de Toledo, iniciándose con su toma de posesión una gran labor reorganizadora del rico tesoro documental que guardan nuestras Casas Consistoriales. Fruto de sus estudios son los artículos sobre «La Fiesta del Corpus Christi en los documentos del Archivo Municipal toledano», magnífico recuerdo de la festividad eucarística que gozaron nuestros antepasados; «Evo-cación del Cardenal Cisneros en el día de San Francisco», escrito con motivo de la entrega del Monasterio de San Juan de los Reyes a la comunidad de monjes mínimos; «La posesión del Prelado según el Libro de Ceremonias del Ayuntamiento de Toledo», que pregona la hidalguía de la Ciudad Imperial, y «El Arcipreste de Hita y San Juan de la Cruz en las cárceles de Toledo», aportación al último centenario celebrado.

Palencia Flores entra en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas con el mismo entusiasmo que iluminó su espíritu al ser destinado al Archivo que rige, y como la Historia de Toledo se engarza en el pasado esplendoroso de su Municipio, que evoluciona desde la primacía de su autonomismo hasta la intervención regia y las luchas entre la Corona y la nobleza, el nuevo Académico estudia la figura de un Corregidor y poeta como ofrenda espiritual a la Corporación que sirve y a la ciudad que ama.

Gómez Manrique es el claro y discreto varón soñado en sus quintillas que gobernó a Toledo, desechando las aficiones, codicias, amor y miedo; humildemente le vemos pelear en Huéscar, Olmedo y Cuenca y presentir la alborada imperial de España, escoltando a un Príncipe de Aragón vestido de labriego.

Porque dejó los particulares por los comunes provechos, su obra es limpia como la espada del caballero, y este sentido religioso y militar de la vida que forja un nimbo de austeridad en la conducta, impregna la lira de su Cancionero, injustamente obscurcida hasta nuestros días.

La magistral producción literaria de aquel Gómez Manrique, tan menguado de cuerpo como crecido de seso, según el Arzobispo de Toledo Don Sancho de Rojas, le convierte en el primer poeta de su tiempo con Juan de Mena y el Marqués de Santillana, y sus versos galantes, donde se destacan los que dedica a la belleza de Doña Juana de Portugal: «Batalla de Amores», «Apartamiento», «Suplicación», «Carta de Amores», «Lamentación» y «Clamores para los días de la semana», confirman su propia confesión de que solía hacer en un día quince o veinte trovas sin perder sueño, ni dejar de hacer ninguna cosa de las que tenía encargo.

Su primera inspiración galaico-provenzal, se orienta hacia la poesía cortesana de las estrenas y los aguilandos, que escribe en honor de sus familiares con motivo de fiestas hogareñas, y retoza burlona, aunque con poco éxito, en las imitaciones satíricas del Roperero.

Gómez Manrique rompe con esta modalidad de versificador fácil cuidadoso de la forma, para trocarse en el didáctico profundo, hijo espiritual del Marqués de Santillana y gloria del siglo que le vió nacer y como dicta consejos más saludables e provechosos que dulces nin lisongeros, como ombre despojado de esperanza e temor, de que los verdaderos consejeros han de carecer, el Corregidor de Toledo deshoja las flores de sus sentimientos en las Coplas para el Contador Diego Arias de Avila, manantial de donde brota la famosa elegía de Jorge Manrique; Exclamación e querrela de la gobernación, que ocasionó fablas de diversas opiniones, algunos interpretando la sentencia e palabras... a no sana parte en manera de comprensión; otros afirmando ser verdad lo en las coplas contenido e non aver cosa que calupniar en ellas y por último el «Regimiento de Príncipes», donde triunfa Gómez Manrique, sosteniendo la cumbre de la sciencia poética.

Como los metros se asienta mejor e duran más en la memoria que las prosas, el gran poeta saluda jubiloso el reinado de los Reyes Católicos, con unas normas de gobierno donde se refleja la noble franqueza de su carácter y uniendo su preocupación política con la dulce diafanidad de su espíritu, continua el Debate de la razón contra la voluntad escrito por Juan de Mena a quien llega a superar, porque endereza su fabla al conocimiento de todas las clases sociales.

Terminamos esta sencilla relación de la obra literaria del Corregidor de Toledo, recordando aquellos momos que anuncian el nacimiento de nuestro Teatro; las armas y las letras se fundieron una vez más en la Historia, al servicio de Dios y de España, y hoy que reverdecen los laureles ganados en pesada cabalgata de siglos, Gómez Manrique, guerrero, gobernante y poeta, se traduce en símbolo del pasado heroico de la Imperial Ciudad.

Bien hizo el nuevo compañero en escoger, como tema de su discurso de recepción en esta Academia, la recia figura del hidalgo que en días lejanos rigió a Toledo, y al darle mi emocionada bienvenida en nombre de todos los Académicos, sólo quiero recordarle aquellos versos que en estos momentos relaciono con su labor futura: «pues vos hizo Dios pilares de tan riquísimos techos, estad firmes y derechos».

